

Foja 6



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE PSICOLOGIA

EL PSICOANALISIS INSTITUCIONALIZADO

T E S I N A

Que para obtener el título de
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

p r e s e n t a

HOMERO ALEMAN VALENZUELA

Director de Tesina: Pablo Fernández Christlieb

MEXICO, D. F.

1988



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

1. INTRODUCCIÓN

En fechas recientes tuvimos oportunidad de seguir a través de diferentes medios de comunicación el caso de una mujer que asesinó a tres de sus hijos. La vida de esta mujer estuvo siempre inmersa en una atmósfera de miseria y carencia absolutas, situación que en el momento del crimen alcanzó límites que quienes comemos todos los días difícilmente podemos siquiera imaginar. Quisiéramos destacar que la historia vital de esta mujer es la misma para millones de mexicanos, y si este caso trascendió es, primero, por la magnitud del crimen y, segundo, por la defensa que de esta mujer realizaron distintos grupos de feministas y políticos de izquierda. Todo ello permitió que el caso fuera abordado desde diversos enfoques disciplinarios, uno de los cuales fue, por su puesto, el psicoanalítico.

El interés dirigido al caso en cuestión no fue determinado en manera alguna por el crimen en sí, sino porque nos sorprendió sobremedera el hecho de que el equipo de psicólogos de la institución carcelaria hayan determinado propiamente la culpabilidad de esta mujer. Deberíamos decir más bien que la calificaron "psíquicamente apta para ser juzgada" y nunca, en lo poco que trascendió de su reporte, hicieron mención a la situación miserable que padecía. Este fue el momento en que confirmamos una duda que tiempo ha nos acompañaba: ¿somos los psicólogos funcionarios del sistema social vigente?

Hubiera sido sumamente interesante disponer del diagnóstico elaborado por los expertos en materia psicológica respecto de la filicida, ya que nos mostraría de manera perfecta la función del psi* en una de las instituciones más importantes y representativas de la sociedad: el sistema carcelario.

En fin, no disponemos de tal diagnóstico y hemos recurrido a una

*Con este término se denomina actualmente a todos los estudiosos de la psique, es decir psicólogos, psicoanalistas, psiquiatras, etcétera.

serie de párrafos que nos evidencian uno de los aspectos medulares que aquí abordamos: para la mayoría de los psi, todos los problemas se reducen al individuo mismo. Esto quiere decir que los psi comparten un desinterés y/o una miopía asombrosa respecto al plano social como posible causa real de los problemas que diariamente enfrentan. He aquí un botón de muestra que confirma lo dicho y que fue extraído de un importante diario capitalino: "(...) imaginemos que una noche to da la población hubiese realizado un acto sexual dotado de belleza y armonía, que proporcionó alimento afectivo y deleites estéticos profundos. Seguramente que habría menos embotellamientos, mayor cortesía, menos mentadas de madre, mayor acatamiento de las leyes del tráfico. El trabajo se desarrollaría con mayor fluidez y alegría. Los patrones serían menos exigentes en sus demandas y menos beligerantes en sus con cesiones(...)el gobierno menos corrupto y más claro en sus razonamientos y todos los problemas se resolverían con una tendencia hacia la vi da... (Romper con la represión sexual) provocaría un cambio de direc triz más profundo en las estructuras socioeconómicas imperantes..." (Montoya, p. 7).

Los pocos que suelen darle la importancia debida al aspecto social como determinante de la conducta, después de leer la cita anterior seguramente habrán levantado los brazos al cielo. De nada valen tales ex presiones, simplemente en éstas andamos los psi. En fin, veamos a conti nuación los párrafos que habíamos prometido, los cuales -no está por demás decirlo- fueron el resorte que desató este trabajo.

"Las clasificaciones en categorías referidas a lo que se ha llamado desviación de la conducta encubren una moral cruel y deshumanizada que condena a las mayorías pobres, que se comportan según determi nadas de sus condiciones materiales de vida, de las que no les es posible sustraerse. La utilización de un calificativo 'científico' que denote desviación, adormece la conciencia pública y responsabiliza al in dividuo de lo que, de hecho, es una responsabilidad social. Nosotros estamos absolutamente en contra de que se pretenda encubrir el sufrimiento humano a través de la psiquiatrización; de que se le llame enfermedad mental a la miseria y se pretenda que mediante téc nicas médicas, que por cierto destruyen en lugar de habilitar, se resuelva la justicia social.

Nuestra sociedad, en uno de sus mecanismos de autorregulación,

tiende a culpabilizar a la víctima, y con mayor razón si ésta atenta contra los valores que son sus pilares. No importa si existen o no condiciones reales para que dichos valores se puedan respetar. El desempleo y la miseria, mientras no están demasiado cerca, se tratan de ocultar y cuando se habla de 'sacrificio social' se engloba en una palabra el drama cotidiano de gente concreta que cuando se quiebra de desesperación aparece en la nota roja y es enjuiciada con todas las mediaciones de la falsa conciencia. La creación de condiciones de vida dignas para todos es un compromiso social que se ve impedido por una ideología que oscurece la realidad de los sucesos que acontecen en nuestro país.

"(...) planteamos que lo personal es político. Y pretendemos desmitificar la individualización del problema y poner de manifiesto la hipocresía de las 'buenas conciencias', que no se escandalizan cuando los pobres de este país -que son la mayoría- mueren poco a poco en su potencialidad humana, pero sí cuando se matan" (Pascual, p. 16).

Tiempo hace ya que el psicoanálisis se viene destacando exclusivamente como instrumento de diagnóstico y, sobre todo, terapéutico. Cabe recordar que el psicoanálisis es mucho más que eso: es una teoría de la personalidad; una teoría de la civilización y de la sociedad; un método de investigación y un tipo peculiar de terapia. Ahora bien, "actualmente es difícil dejar de reconocer que el psicoanálisis como teoría de la cultura ha perdido peso después de Freud y lo sigue perdiendo, mientras que el sector terapéutico ha tomado un incremento desenfrenado" (Englert, p. 75).

En ese sentido, este trabajo surge como un reproche al psicoanálisis actual, a los psicoanalistas que lo ejercen y a las instituciones que lo difunden. ¿Por qué este reproche? Porque el psicoanálisis se ha destacado -al igual que la psicología en general- como una más de las disciplinas encargadas de validar el sistema capitalista, sistema empapado de injusticia social acerca de la cual no necesitamos extendernos porque todos los periódicos de todos los días la evidencian sin más. ¿Cómo se produce tal validación? Esta es una de las preguntas que responderemos más adelante.

Tenemos un fin específico: provocar una reflexión acerca del papel que los psicoanalistas desempeñamos para negar o reafirmar una sociedad que, como decía Freud, dado que deja insatisfecho a un núcleo demasiado considerable de sus partícipes "no puede durar mucho tiempo, ni lo merece".

Bien, para alcanzar el fin mencionado recurrimos a algunos medios: primero, se presenta una serie de argumentos que evidencian al psicoanálisis como soporte del sistema; segundo, se muestra la función específica del psicoanálisis en una disciplina también específica: la criminología; tercero, se vierte una serie de argumentos que constituyen una posible explicación a por qué el psicoanálisis ha caído en situación tan, para quien esto escribe, deplorable; cuarto, se presentan algunas experiencias de ciertos grupos psi que por convicción u obligados por las circunstancias (como es el caso de los Colectivos bajo el gobierno represor de Pinochet, en Chile) han instrumentado una serie de respuestas diferentes a las que distinguen al psicoanálisis convencional.

Finalmente, no quisiéramos dejar de mencionar una cosa en esta breve introducción: hace algún tiempo leímos un artículo de Marie Langer, psicoanalista argentina, quien destacaba que "la revolución no pasa por el psicoanálisis". No sabemos todavía si entendimos la frase, pero se equivoca si con ello quiere decir que el psicoanalista (y el psicoanálisis) están al margen de cualquier proceso revolucionario. Tiene razón si con ello quiere decir que no es necesario que los psicoanalistas tomen las armas para participar en tal proceso. Expliquémonos: la actitud "neutral" del psicoanalista es uno de los requisitos indispensables para llevar a buen término la terapia psicoanalítica. Sin embargo, la neutralidad se ha asumido como apoliticismo, que finalmente explica en parte el desinterés que los psi manifiestan por el plano social como posible explicación del comportamiento. La revolución si pasa por el psicoanálisis, porque éste tiene ya un estatus en nuestra sociedad: "es un aspecto de la vida literaria, de la filosofía, de la red de interpretación de las relaciones interpersonales de la vida cotidiana, fuente primordial de los modos corrientes de introspección, parte ya insustituible de la imagen (psicológica) que el hombre medio tiene de sí mismo" (Jervis, p. 256).

Es falso que psicoanalistas y psicoanálisis sean ajenos a la problemática social. Nadie lo es, si no preguntemos a los cientos de profesionistas latinoamericanos -sudamericanos sobre todo- exiliados en México.

ACLARACIÓN: cuando comencé a elaborar este trabajo, comenzó también a inquietarme una duda respecto a la probabilidad de estar abordando asuntos por demás sabidos en el campo de la psicología. Aunque no llegué al grado de "inventar el hilo negro", sí debo aclarar que, gracias a la atenta observación de mis asesores, pude enterarme de que omití una corriente, dentro de las teorías psicoanalíticas, que al parecer aborda exitosamente la crítica que este trabajo asume; estoy hablando de las teorías psicoanalíticas de Jaques Lacan, estudioso francés que plantea una "nueva lectura" y un "nuevo uso" de Freud. Quede claro, entonces, que mi labor está incompleta, no así mi afán por concluirla.

2. CRITICA AL PSICOANÁLISIS "ESTABLECIDO"

Se dice por ahí que para quien está marginado es hasta cierto punto fácil volverse un agudo e implacable crítico. Si ello es cierto debemos esperar pronto cambios importantes en la actitud de los psi respecto a la importancia del plano social para explicar gran parte del comportamiento, ya que es de todos sabido que en nuestro país la crisis actual -en su modalidad de desempleo- se extiende cada vez más, alcanzando los sectores de profesionistas, y se argumenta no sin razón que los de las universidades oficiales son los más perjudicados. Esperemos pues, concretamente, cambios en nuestra UNAM. Si se dieran tales cambios, confirmaríamos aquello de que "la letra, con sangre entra", es decir sólo con dos o tres sacudidas entenderemos lo que somos y lo que hacemos como profesionales de la conducta.

Gramsci lo entendía perfectamente cuando decía que los intelectuales son expertos en legitimación del sistema. ¿Cómo lo hacen? Por medio de la ideología.

El término "ideología" representa un fenómeno de cierta complejidad, dado lo cual no es posible obtener una definición simple del mismo. Para los fines de este trabajo, mostraremos a continuación una serie de afirmaciones que nos permiten aprehender de manera suficiente lo que es la ideología.

- a) La ideología comprende una serie de ideas y de valores concernientes al orden político y social;
- b) la ideología cohesiona a los individuos en sus papeles, en sus funciones y en sus relaciones sociales: es como el cemento que asegura la cohesión del edificio social;
- c) las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante;
- d) la ideología implica un conocimiento deformado de la realidad, tanto para la clase dominante como para la clase dominada -de aquí se deduce su carácter sutil y velado, que observaremos más adelante;
- e) el conocimiento ideológico no se explica por una mala "conciencia" o "voluntad de engañar" de las clases dominantes, sino que se debe fundamentalmente a la necesaria opacidad de las realida

- des sociales, que son estructuras complejas que sólo pueden llegar a ser conocidas mediante un análisis científico;
- f) el conocimiento de las realidades sociales sólo se logra mediante la actividad científica, que es el único instrumento que permite captar, atrás de la apariencia, la naturaleza intrínseca y la figura íntima del mecanismo de las estructuras sociales;
 - g) por todo lo anterior, la ideología está destinada a asegurar la dominación de una clase sobre las otras, haciendo aceptar a los explotados sus propias condiciones de explotación como algo fundado en la "voluntad de Dios", en "las leyes de la naturaleza", en "el deber moral", etcétera (Harnecker, pp. 102-13).

Marx dijo que "los intelectuales son los pensadores de la clase dirigente, sus ideólogos activos y creadores que se ganan el pan perfeccionando la ilusión que esta clase tiene de sí", dándole a las ideas de ésta "la forma de un enunciado universal. Presentándolas como las únicas racionales y universalmente válidas". Quizá no está por demás repetir que la ideología no se adquiere ni se propaga de una manera premeditada, sino que se adquiere lenta y sutilmente a lo largo de toda la vida y por todos los medios, la escuela y la familia los principales.

Franco Basaglia dice que la utilidad de la ideología para la clase dominante radica en que "debe ocultar el hecho de que dicha clase ejerce el poder: negando los hechos, callándolos, clasificando los intereses particulares de esa clase como intereses universales a fin de que parezca natural que los representantes de la mencionada clase determinen la política de la sociedad" en nombre de todos (Basaglia, Crímenes, p. 122).

Ahora bien, la ideología es uno de los dos instrumentos que la clase dominante utiliza para seguir ejerciendo su poder sobre las otras clases. El otro instrumento lo constituyen la violencia y la opresión, que se utilizan normalmente de manera encubierta, y en caso de conflicto social agudo de manera manifiesta por mor de la "paz social".

Acercándonos un poco más a la función que cumple nuestra disciplina, Basaglia manifiesta que "el control es enmascarado y al mismo tiempo legitimado por los diversas ideologías científicas, (...) la ideología de la punición sobre la cual se funda la cárcel y la ideología médica (...) son de hecho totalmente extrañas al problema del delincuente o del hombre enfermo" (Basaglia, Crímenes, p. 83).

El psicoanálisis ha venido asumiendo cada vez más una ideología médica, la cual se caracteriza principalmente por ver la causa de todos los trastornos -y por lo tanto la solución de éstos- en el individuo mismo. Se dice que es reaccionaria porque oculta el componente conflictivo de la estructura social. Oculta que ésta es causa y co-causa de muchas enfermedades. El médico (en este caso el psicoanalista) es el principal instrumento ejecutor de tal encubrimiento, con el que se pone de lleno al servicio del sistema, aunque no se dé cuenta de ello. Es por eso entonces por lo que el médico y el psicoanalista son considerados agentes de adaptación. Así, la medicina y las disciplinas psicológicas han hecho muy poco por quitarse el marbete de medios de control social.

Tanto el médico como el psicoanalista llevan a cabo una práctica de apaciguamiento, considerando la represión social como algo ajeno a su diaria labor; lo social no entra en su discurso, simplemente se ignora. En lugar de ello conciben un orden social intocable, que no necesita (y para muchos, ¡no puede!) ser modificado; quien está mal es el sujeto y en él precisamente deben instrumentarse los cambios necesarios.

Quizá pueda parecer redundante, pero consideramos muy importante insistir en el carácter velado o sutil de la práctica psicoanalítica como exponente y reproductora de la ideología burguesa, ya que la mayoría de los psicoanalistas argumenta -con razón- que su función no es concientizar políticamente a los pacientes o convencerlos para que abandonen su conformismo político, etc. Efectivamente, el psicoanálisis no tiene una importancia política directa, sino casi imperceptible.

Si partimos de que la piedra de toque de la política es la práctica en el frente de la lucha de clases, ¿por qué tendríamos que ocuparnos del psicoanálisis? Ciertamente, el psicoanálisis está muy alejado, en la práctica, de la mayor parte de la gente: por razones económicas son muy pocas las personas que se benefician del análisis terapéutico; por razones culturales el proletariado no manifiesta necesidad del discurso psicoanalítico. El proletariado no "se encuentra" jamás con el psicoanálisis, ni como aliado ni como adversario, aunque como decíamos en la Introducción el psicoanálisis ha impregnado ya la vida cotidiana en infinitas de formas. Así, el proletariado "puede encontrarse con el psicoanalista emboscado en una institución, es decir con un especialista llamado a reparar las disfunciones del sistema escolar o judicial,

a mitigar la degradación de la estructura familiar, etcétera; también puede tropezar con la mitología psicoanalítica difundida por los medios de comunicación de masas convertida en el lenguaje obligado para la expresión de los conflictos conyugales, pedagógicos y sociales" (Castel, p. 27).

En el caso de la mujer felicitada mencionado en la Introducción, se observa de manera clara la función del psi, aunque quizá sea mejor darle la palabra a Franco Basaglia para que nos lo explique: "Lo que importa -nos dice- es individualizar rápidamente al diferente y aislarlo para confirmar que no somos nosotros (los sanos, los normales, los buenos ciudadanos); no es la estructura de nuestra organización social la que produce las contradicciones. En esta caza de la individualización (...) de la diversidad para confirmarla como desigualdad, se funda el carácter preventivo de las ideologías, así como en la confirmación de esta desigualdad se funda el carácter violento de las instituciones" (Basaglia, Crímenes, p. 85).

Hasta el momento lo anterior es algo que los psi hemos "olvidado" atender. Quizá se deba a que la violencia velada o encubierta no nos ha alcanzado, aunque ello no quiere decir que estemos exentos de la misma, si bien es cierto que muchos sí lo creen. Es un hecho irrefutable que el nivel de vida del psicoanalista es envidiable en relación con el de otros profesionistas. Ahora bien, hasta hace poco tiempo en todos los países de América del Sur imperaban regímenes totalitarios, caracterizados por la opresión y la tortura, entre otros medios, para mantener el "orden". En estos países -dice Englert- no fue posible (para los psi) evadir el peso de "lo real no-psíquico". En México, los psi hemos preferido ignorar, sobre todo los de posición económica elevada, que la violencia atenuada forma parte de nuestra vida cotidiana, que se "palpa" en cuanto uno se asoma a la calle o recorre la provincia. Los psi nos hemos destacado por una gran capacidad para aislarnos de todas las formas de violencia sutil que sustentan nuestro sistema social.

Son muchos los autores que, aunque no precisamente por el lado de la ideología, han vislumbrado la función adaptadora del psicoanálisis. Así, algunos se quejan de que se le ha reducido a "cura" médica exclusivamente, dejando de lado los distintos planos que constituyen el psi coanálisis. Englert afirma que "un psicoanálisis ingenuamente entendido ha contribuido decisivamente a la psiquiatrización de nuestra vida, ha

ciendo que se perciban por regla general los problemas sociales casi exclusivamente como 'comportamiento desviante' de los individuos y pretendiendo en consecuencia corregirlos en estos individuos. Con ello se pierde otra perspectiva: que tal comportamiento también tiene sus causas socioestructurales y que sería ahí donde también y sobre todo habría que intervenir, especialmente cuando se quiere atacarlo preventivamente. La psiquiatrización, en cambio, significa la disolución de tal problema en su punto más débil, con medios médicos. El 'comportamiento desviante' demostrado con predilección en el ámbito de la investigación de la agresión y la violencia no cae del cielo ni brota de la malvada intimidad del hombre, sino que puede interpretarse como la elaboración individual de coacciones y contradicciones sociales, y esto desaparece en un mundo psiquiatrizado" (Englert, p. 124).

Son muchos los que sostienen que al psicoanálisis le es inherente una actitud de crítica constante, la cual se desvirtúa o se olvida cuando encajamos al psicoanálisis en el campo de la medicina. Freud fue muy claro en este sentido: "el empleo del análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones y quizá venga el porvenir a demostrar que no es siquiera la más importante (...) No creemos deseable, en efecto, que el psicoanálisis sea devorado por la medicina y encuentre su última morada en los textos de la psiquiatría" (cit. en Englert, p. 196).

El compromiso de Freud con la investigación cuidadosa, su incesante trabajo en la búsqueda de la verdad para sus teorías, su evitación de lo superficial, todo ello le acarreó un distintivo de honestidad que no se encuentra en quienes se consideran sus seguidores. Sin dejar de reconocer que ha habido una serie de aportaciones valiosas a la teoría psicoanalítica, actualmente se observa una proliferación de "enfoques" que sólo la desprestigian. Estos enfoques -dice Englert- se resumen en el neopsicoanálisis: "escuálido teóricamente, adaptado al pensamiento dominante y vuelto casi conformista (...) Cada día son lanzadas al mercado nuevas técnicas de interpretación psicológica, montañas de literatura con consejos y Baedecker (guías) del psico paraíso que prometen ayuda eficaz para cualquier problema humano imaginable (...) Los seminarios y cursos para una guía exitosa en la vida y los institutos que proporcionan técnicas para dominar la vida go-

zan de la mayor aceptación. Lo curioso es que no reflexionan sobre los condicionamientos sociales del psicoboom al que deben su existencia: simplemente se aprovechan de él, en parte desvergonzadamente" (Englert, p. 151; subrayado nuestro).

En la medida en que el psi continúe enfrentando las consecuencias de los problemas (la sintomatología del paciente) sin voltear a ver las causas de los mismos, su práctica continuará etiquetada como "al servicio de una sociedad patógena". Decía Basaglia que cuando los psicoanalistas reconozcan "lo ignorado social" que opera dentro del psicoanálisis, éste superará tal vez su enfermedad infantil de creer que es tá al margen de toda cuestión social y política; decía también que faltaría saber si hay disposición para ello, y si la hay faltaría ver si no es ya demasiado tarde. Afortunadamente se dejan oír aún algunas voces -ciertamente aisladas- que manifiestan la necesidad de reemprender el camino trazado por Freud, reconociendo la necesidad inevitable de una nueva terapéutica orientada "no sólo a modificar y restituir el mundo interno sino también a restablecer la capacidad de accionar y participar en la transformación del mundo externo" (Cervantes, p. 60).

Tanto Freud como aquellos de sus seguidores destacados que contribuyeron a ahondar el cuerpo teórico del psicoanálisis se caracterizaron por su perenne actitud de crítica y polémica. (Aunque debe reconocerse que son muchos los que rechazan en Freud una actitud de crítico social. Ciertamente Freud era burgués y como tal pensaba, pero no deja de causar extrañeza que sus teorías hayan sido rechazadas tanto por gobiernos con proyecto socialista como por gobiernos totalitarios, así como también por instituciones religiosas. Somos de la opinión de que sí fue crítico social, sólo que sus objetivos no fueron la burguesía ni el capital, sino las instituciones que en su tiempo eran las más identificables como fundamento de muchos trastornos individuales, nos referimos a la represión sexual, la Iglesia, etc.) Actualmente la labor del psi es de lo más cómoda, es decir se ha abandonado uno de los aspectos sustanciales de la disciplina, la crítica. En El porvenir de una ilusión, Freud escribió algunos párrafos que ciertos críticos han evidenciado como prueba irrefutable de que el psicoanálisis contiene elementos subversivos del orden social. Dice Freud: "Cuando una civilización no ha logrado evitar que un cierto número de sus partícipes tenga como premisa la opresión de otros (...) y así sucede en todas las civilizaciones actuales, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan sino muy

pocos. En este caso no puede esperarse por parte de los oprimidos una asimilación de las prohibiciones culturales, pues por el contrario, se negarán a reconocerlas, tenderán a destruir la civilización misma y eventualmente a suprimir sus premisas (...) No hace falta decir que una cultura que deja insatisfecho a un núcleo tan considerable de sus partícipes, y les incita a la rebelión, no puede durar mucho tiempo, ni tampoco lo merece " (Freud, El porvenir, p. 1280).

Se ha argumentado que Freud no dirige su crítica contra la injusticia social sino contra la ilusión religiosa. En un afán por destacar que ciertamente el psicoanálisis originario tenía un componente de crítica, veamos a continuación un pasaje de Marx respecto de la religión: "La exigencia de liberarse de las ilusiones sobre su situación es la exigencia de liberarse de la situación que apela a las ilusiones. La crítica de la religión es, por tanto, en germen, la crítica del 'valle de lágrimas' al que la religión presta su nimbo (...) La crítica de la religión es el presupuesto de toda crítica" (Marx, 1844, en Engler, p. 192; subrayado nuestro).

Creemos que con esto queda claro que el psicoanálisis nunca es solamente psicología individual -aunque a eso lo hemos reducido-; en la medida en que se constituye como análisis de procesos histórico-vitales, trasciende el plano individual del comportamiento. El psicoanálisis no es una psicología, es una teoría de la interacción.

3. LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS DE LA CRIMINALIDAD, EJEMPLO DE ATRASO DEL PSICOANÁLISIS

Como habíamos prometido, en este capítulo realizaremos una descripción de las teorías sociológicas y psicoanalíticas de la criminalidad. Como toda descripción esquemática -por lo demás resumida-, ésta seguramente resultará desangelada, aunque no por ello dejará de ser útil para el fin que buscamos, esto es, que quede claro el reduccionismo de las teorías psicoanalíticas.

1. La crisis económica que México padece permite observar una serie de fenómenos que, si bien no se desconocían, actualmente presentan una magnitud nunca vista, como por ejemplo el índice de criminalidad. Así tenemos que ahora "el robo simboliza la crisis" (La Jornada, 31 de marzo de 1986). Efectivamente, al parecer quedaron lejos ya aquellos tiempos en que los robos o los crímenes eran escuchados con cierto grado de fascinación, por ajenos. Actualmente, amigos, familiares y no raras veces nosotros mismos hemos padecido algún hecho delictivo, y la fascinación ha dejado su lugar al miedo. Bueno, cómo estarán las cosas que hasta el propio jefe de la policía capitalina expresó recientemente que lo mejor era andar armado! "Para nadie es un secreto que hoy más que nunca la vivienda, el empleo, la alimentación, la educación, la salud, etc. son satisfactores difíciles de alcanzar para amplias capas de la población; de modo tal que no se requiere una lucidez extraordinaria para percibir que la situación presente trae consigo un incremento de la incidencia delictiva" (De la Barrero, p. 119).

¿Qué responderían los psi al pedirles una explicación de -por ejemplo- la llamada patología del desempleo? ¿Nos sorprendería escuchar de ellos toda una remembranza del complejo de Edipo, superyó deficiente, etc.? Veremos.

2. La criminología en su acepción más simple y tradicional es la disciplina que busca explicar el fenómeno de la criminalidad (entendida como delito). Se puede deducir fácilmente que son muchos las disciplinas que pueden aportar algo a la criminología general, digamos la sociología, el derecho, la biología (etología) y, por supuesto, la psicología

y el psicoanálisis. Este último es el que de momento nos interesa.

El psicoanálisis como explicación de la criminalidad tuvo un momento brillante hasta hace relativamente poco tiempo, sólo que dado su énfasis en reducir la criminalidad al individuo infractor pronto se vio superado y, digámoslo abiertamente, menospreciado como enfoque explicativo satisfactorio de tal fenómeno.

Pretendemos en este capítulo, primero, describir las teorías psicoanalíticas de la criminalidad (TPC) más importantes y, segundo, describir las teorías sociológicas que abordan también este fenómeno, a saber: la teoría de la anomia y la del labelling approach. La intención primordial es que con la simple descripción de las diferentes teorías quede claro por qué las psicoanalíticas han sido superadas, lo cual es el objetivo último del capítulo.

3. Las teorías psicoanalíticas de la criminalidad (TPC).

Cuando se habla de teorías psicoanalíticas no debe creerse que uno se refiere necesariamente a las expuestas por Sigmund Freud, padre del psicoanálisis. En este caso menos que nunca, ya que Freud nunca expuso una teoría acabada sobre el fenómeno del delito. Si deseáramos apoyarnos en Freud para explicar un delito tendríamos que recurrir a su obra teórica como un todo. Ahora bien, Freud expuso en una breve conferencia cierta intuición -que nunca sistematizó- acerca del mecanismo psíquico que mueve al delito: "Podéis ser inducidos a error en vuestra investigación por un neurótico que reaccione como si fuera culpable, aunque sea inocente, por un sentimiento de culpabilidad preexistente en él y en acecho constante de una ocasión propicia para que se apodere de la acusación de que se trate" (Freud, pp. 2427-2428). Freud ciertamente habla de que si un individuo comete un delito es porque anhela recibir castigo, que a su vez le servirá para expiar deseos prohibidos y reprimidos: "El sujeto sufría, en efecto, de un penoso sentimiento de culpabilidad de origen desconocido, y una vez cometida una falta concreta sentía mitigado la presión del mismo. El sentimiento de culpabilidad quedaba así, por lo menos, adherido a algo tangible" (*ibidem*).

4. La teoría retributiva y preventiva de la pena (Theodor Reik).

Teniendo como sustento la teoría freudiana del "delito por sentimiento de culpa", Reik propone una teoría en la cual el delito cumple una doble función: por un lado satisface la necesidad (inconsciente) de castigo del delincuente y, por el otro, satisface la necesidad de castigo

de todos y cada uno de los individuos que constituyen la sociedad global (en la medida en que éstos llevan a cabo un proceso de identificación y/o proyección con el delincuente). Aclaremos:

Reik se pregunta: ¿Por qué existe en el hombre un interés extraordinario por todo lo relacionado con el crimen, como por ejemplo nota roja, películas y novelas policíacas, procesos penales, etc.? De inmediato nos afirma que es difícil responder esta pregunta en términos racionales; la explicación -dice- tiene sus raíces en niveles subjetivos: "el interés de descubrir al criminal desconocido deriva del hecho de que dicho descubrimiento asegura que el culpable no somos nosotros y disminuye por lo tanto nuestro inconsciente sentimiento de culpa" (cit. en Manzanera, p. 382).

A partir de aquí Reik se extiende y plantea que el delincuente -puesto que comete el delito para ser castigado- actuará de una manera tal que su crimen nunca será totalmente perfecto; siempre dejará un resquicio, una pista velada que facilite su descubrimiento al representante de la ley. En el delincuente existe, pues, una retroacción -por llamarla de algún modo- que lo induce a traicionarse, todo ello en un nivel inconsciente.

Por todo lo anterior, Reik afirma que la pena ejerce una doble función: por un lado conlleva una prevención general (si me identifico con el delincuente o proyecto mis culpas en él, no necesito padecer el castigo en carne propia), y por el otro conlleva una prevención especial (por mi sentimiento de culpa cometo un delito, y con la pena mitigo tal sentimiento). Partiendo de este mecanismo doble de prevención, nuestro autor concluye felizmente:

"Tal vez llegará un tiempo en que la necesidad de castigo será menor que la de nuestro presente y en que los medios que se hallen para evitar el delito serán a la pena como el arco iris es al tremendo temporal que lo ha precedido" (cit. en Baratta, p. 47).

□ La teoría psicoanalítica de la sociedad punitiva (Franz Alexander y Hugo Staub).

Alexander y Staub plantean que desde el nacimiento hasta la fase edípica no es posible plantear una diferenciación entre los individuos en el sentido de poseer o no tendencias criminales. Sólo cuando se ha interiorizado el superyó puede plantearse propiamente tal diferenciación, en la medida en que es entonces cuando se pueden reprimir las tendencias

antisociales, o bien se pueden canalizar en una forma socialmente aceptada (sublimación).

"La única diferencia que hay entre el delincuente y el hombre normal consiste en que éste domina parcialmente sus instintos motores criminales; pero los desvía hacia otros fines socialmente inocuos, adquiriendo se este dominio y esta desviación permanente de las tendencias primitivamente antisociales en el transcurso de la educación del individuo. Por tanto, la diferencia entre el delincuente y el hombre normal representa, generalmente, no una falta congénita, sino un defecto de la educación, prescindiendo de los casos límite que requieren un estudio particular" (cit. en Manzanera, p. 381).

En relación con la teoría de Reik, la de Alexander y Staub presenta una diferencia muy importante. Aquél decía que el individuo normal se identifica con el delincuente y con ello no le es necesario delinquir. Alexander y Staub, por el contrario, afirman que tal identificación no se da con el delincuente, sino con las autoridades que lo castigan:

"El mal ejemplo del delincuente obra de modo seductor sobre los propios impulsos (del individuo 'normal') reprimidos y aumenta su presión. Por eso el yo tiene necesidad de reforzar el propio superyó y puede recibir este reforzamiento sólo de las personas reales que encarnan la autoridad, las cuales son el modelo del superyó. Si el yo puede demostrar a los impulsos que también las autoridades mundanas dan razón al superyó, entonces él puede defenderse del asalto de los impulsos. Pero si las autoridades mundanas reniegan del superyó, dejando escapar al delincuente, entonces no existe ninguna ayuda contra el asalto de los tendencias antisociales. El impulso al castigo es, entonces, una reacción defensiva del yo contra los propios impulsos, con el fin de su represión para conservar el equilibrio espiritual entre fuerzas represivas y fuerzas reprimidas. La exigencia de castigar al delincuente es al mismo tigmpo una demostración dirigida hacia lo interno para desalentar los impulsos; aquello que prohibimos al delincuente es algo a lo cual vosotros podéis también renunciar" (cit. en Baratta, p. 48).

Partiendo de esto último, Alexander y Staub otorgan mucha importancia al papel que deben desempeñar las autoridades en cuanto a una justicia racional y quizá perfecta (ideal); sin embargo, tal cosa no sucede. Dada esta posibilidad, destacan la urgencia de mecanismos sociales que permitan a las masas dar salidas a sus agresiones reprimidas, es decir proponen la necesidad de canalización mediante sublimaciones.

□ El criminal como chivo expiatorio (Paul Reiwald, Helmut Ostermeyer y Edward Naegeli).

Estos tres estudiosos alemanes han logrado conjuntar un punto de vista que parte del mecanismo de proyección: "un mecanismo de proyección similar al que se verifica en la mentalidad primitiva, y que lleva a la representación de las fuerzas demoníacas hostiles en las cuales quedan transferidos las propias agresiones" (Baratta, p. 51). Según ellos, la pena impuesta al delincuente no es suficiente para que la sociedad descargue todas sus agresiones reprimidas. En realidad, estos autores comparten con Alexander y Staub el punto de vista de que a la sociedad le son necesarios ciertos mecanismos de alarma social, como los destacados por los medios masivos de comunicación: crímenes sangrientos, robos, violaciones, etcétera.

La diferencia estriba en que para Reiwald, Ostermeyer y Naegeli, el delincuente es víctima de la morbosa necesidad que tiene la sociedad de una figura que carque con nuestros sentimientos de culpa y agresiones y se envíe al desierto. "Lo negativo en nosotros, la llamada sombra, produce (...) sentimientos de culpa inconscientes, que se procura descargar. En todo hombre hay la tendencia a transferir esta sombra a una tercera persona objeto de proyección, es decir, a desplazarla al exterior y con ello a concebirla como algo externo, que pertenece a un tercero. En lugar de dirigirse a sí mismo, se insulta y se castiga al objeto de esta transferencia, al chivo expiatorio, para el cual es sobre todo característico el hecho de que se halla inerme" (cit. en Baratta, p. 52).

Este enfoque es importante, según creemos, porque por vez primera se cuestiona a la colectividad juzgadora, en el sentido de que -dice Naegeli- tales "proyecciones de sombra" son peligrosas cuando provienen de una colectividad entera y se dirigen por lo general a minorías o grupos marginales que se manifiestan como diversos a la mayoría. No sin razón se dice que este modelo explicativo ha sacudido la conciencia, por lo regular demasiado tranquila, de los juristas en cuanto a la legitimación de la pena.

4. Críticas a las teorías psicoanalíticas de la criminalidad (TPC).

Decíamos al principio de este trabajo que, como explicación de la criminalidad, las teorías psicoanalíticas se habían vuelto poco interesantes y, además, habían sido desplazadas por otros enfoques. Los críticos

de las TPC presentan una serie de argumentos interesantes, que son los que veremos en este apartado.

Al parecer, dentro de todo este abanico de críticas encontramos un elemento común, constituido por una decepción: el desconcertante desajuste entre la potencialidad explicativa del psicoanálisis como un todo y el "reduccionismo" que comparten todas y cada una de las TPC; no en vano a éstas se les llama teorías de "mediano alcance", dado que abordan y explican sólo una parte del problema: " (...) si por un lado la interpretación del comportamiento humano que ofrece el psicoanálisis abre nuevos horizontes para la comprensión del comportamiento criminal mismo, por otro lado el elevado grado de institucionalización sufrido por este conocimiento ha reducido notablemente esta potencialidad, con el resultado de convertir este saber en una práctica esencialmente terapéutica orientada al control y a la recuperación de las diversas formas de malestar social. Y ciertamente el uso del método psicoanalítico en la práctica pericial y judicial se produce en el sentido de este empobrecimiento" (Pavarini, p. 105).

Por la manera como abordan el fenómeno criminal, las TPC han sido incluidas dentro del enfoque llamado positivista. En este enfoque se colocan aquellas teorías que destacan, entre otras características: a) un carácter determinista del actuar humano, en la medida en que se considera a los fenómenos como resultado de relaciones de causa-efecto; b) un carácter neutral, es decir las opiniones personales del científico no pueden contaminar su investigación, a menos que se conviertan ellos mismos en objeto de estudio; esto quiere decir que el fenómeno tiene su realidad al margen de la interpretación del científico; éste no puede alterar tal realidad pensando tal o cual cosa respecto de ella; en fin, el fenómeno estudiado conoce una única explicación verdadera, sin más; c) el delito constituye una realidad ontológica: esto quiere decir que la investigación de las causas de la criminalidad lleva necesariamente a considerar al criminal como el objeto de estudio.

¿De dónde se parte para afirmar que las TPC son positivistas? El carácter determinista se observa cuando las TPC afirman "que existen causas específicas para cada una de las acciones criminales y que su función será descubrirlas y definir las, creyendo en la existencia de una determinable cantidad de factores anteriores a la acción criminal que son capaces de explicarla" (Pavarini, p. 103), de esta manera los factores criminógenos se encontrarán en la biografía del criminal, teniendo como marco de referencia la oposición individuo-sociedad.

Ahora bien, desde el momento en que se ubica al delincuente como objeto de estudio para explicar la criminalidad, se está adoptando un modelo de explicación denominado consensual. Este modelo presenta a la sociedad como una estructura estable, bien integrada y funcionando de acuerdo con los "dictados de la mayoría" (y puesto que refleja la voluntad de todos, aquellos que violan la ley son una minoría compuesta por desviados). Esto quiere decir que el orden legal es aceptado de manera acrítica y el interés se centra en quien viola este orden. ¿Quién determinó tal orden?, ¿a quién le sirve? Esos son asuntos ajenos a las TPC; no es asunto suyo si alguien los relaciona con sus postulados.

Por otro lado, el sujeto sano es el "que consigue mediatizar la satisfacción del propio placer a través de procesos ya sea de sublimación o de alejamiento-represión de los propios instintos (...) el criminal, como todo desviado, manifestará su defecto de socialización en la incapacidad de integrarse. Si el origen de la no conformidad a las funciones reside en última instancia en la defectuosa interiorización de las normas, el criminal es identificado como enfermo mental, así como lo es otro sujeto no conformista. Resulta así evidente cómo una perspectiva de este tipo no puede más que sugerir una hipótesis terapéutica como solución al problema criminal a través de una potenciación de los aparatos educativos-pedagógicos, o bien de las prácticas de recondicionamiento del criminal mismo" (Pavarini, pp. 106-107).

No es necesario realizar investigaciones exhaustivas para demostrar que tanto el delito como el castigo tienen una conexión estrecha con determinadas relaciones socioeconómicas. Ello hace imprescindible considerar tales relaciones cuando se pretenda hacer un análisis serio del fenómeno criminal. Sin embargo, hemos visto que las TPC abordan tal fenómeno no en una especie de vacío histórico y socioeconómico, para ellas: "Comportamiento criminal y reacción punitiva son expresión de la misma realidad psicológica, ahistóricamente centrada en un fundamental, natural e ineliminable antagonismo entre individuo y sociedad" (Baratta, p. 54).

5. Teorías sociológicas de la criminalidad.

1) La teoría de la anomia y de las subculturas criminales.

Esta teoría fue planteada originalmente por Émile Durkheim y desarrollada después por Rober K. Merton. Rechaza, aunque no completamente, el enfoque positivista: se interesa también en la etiología del comportamiento desviado -y en este sentido tiende a una interpretación determinista del comportamiento-, pero niega que las causas de la desviación y de la

criminalidad deban buscarse en situaciones patológicas -tanto individuos como sociales- y propone que la acción definida como desviada debe considerarse normal en toda estructura social.

La teoría de la anomia propone en efecto que el comportamiento desviado debe entenderse como factor necesario y útil para el desarrollo sociocultural de la sociedad. La desobediencia a las reglas es interpretada como una contradicción entre estructura social y cultura. Es decir: afirma que la cultura propone al individuo una determinada jerarquía de valores, que constituyen las metas hacia las cuales debe dirigirse. Así, cada sujeto asume las metas que se le proponen como motivaciones fundamentales de su comportamiento. Estas metas y estos valores son asumidos y perseguidos por todos. (Nótese cómo esta teoría también admite la existencia de un consenso general en la sociedad.) Ahora bien, la cultura indica también las modalidades lícitas o los medios legítimos a través de los cuales es posible alcanzar las mencionadas metas. En palabras simples: si quieres enriquecerte o alcanzar bienestar económico, debes comportarte de cierta manera. Es aquí precisamente cuando se pueden presentar contradicciones.

Efectivamente, la estructura social y económica de cierto tipo de sociedad puede no ofrecer a todos, en igual grado, las mismas posibilidades de acceso a los medios legítimos para alcanzar las metas que proclama. Esto es: Las desigualdades socioeconómicas, la estratificación de grupos sociales implican la existencia de sujetos en desventaja, para los cuales el éxito económico y la riqueza son metas inalcanzables si utilizan los medios legítimos.

"La desproporción en que, una y otra vez, se encuentran los finés culturalmente aceptados como válidos y los medios lícitos a disposición de cada individuo para alcanzarlos es el origen -y por lo tanto la causa principal- de los comportamientos desviados. La contradicción que está en el origen de la criminalidad es así la que existe entre finés culturales y medios institucionales" (Pavarini, p. 110).

Ahora bien, el hecho de que dada su posición social un individuo vea como inútil recurrir a los medios legítimos no significa que haya perdido de vista las metas que la sociedad destaca, y en este sentido está completamente integrado. Sólo que como pertenece a un estrato social bajo, le es necesario o imprescindible echar mano de otros medios, y esto de ninguna manera puede ser considerado como patológico, sino como una reacción normal a una situación en la cual la obtención de las metas culturales no puede realizarse a través de medios convencionales:

"La desproporción entre metas culturales y medios institucionales no

es un fenómeno patológico, como no tiene nada de patológico la respuesta criminal a esta desproporción. Esto, obviamente, dentro de ciertos límites, superados los cuales se entra en una situación de anomia, esto es, una situación de crisis de la estructura cultural en la que las discrepancias entre fines culturales por una parte y posibilidades sociales de actuar lícitamente en conformidad con ellos, por otra, son acentuadas y profundizadas para inducir a estratos sociales cada vez más amplios a adherirse a los fines culturales sin el respeto a los medios institucionales" (Pavarini, p. 110).

A partir de aquí el enfoque de la anomia otorga una base explicativa y teórica para abordar el problema de las subculturas criminales, es decir, minorías discriminadas que ante la imposibilidad de lograr sus metas se ven orilladas a adoptar otros valores acordes con su posición de clase; se ven obligados a legitimar ciertas prácticas ilegales para conseguir sus fines.

Cabe hacer en este momento una distinción entre subcultura y contra-cultura, ya que este último término se ha utilizado para explicar el fenómeno que estamos abordando. Se habla de contracultura cuando valores culturales nuevos (o "legitimaciones culturales de prácticas ilegales") tienen una fuerza política como para colocarse en términos de alternativa respecto a la cultura dominante; se habla de subcultura, en cambio, cuando dichos nuevos valores se desarrollan como respuesta necesaria, minoritaria y de simple sobrevivencia en relación con la cultura dominante. A continuación transcribimos un párrafo que muestra de manera simple el fenómeno de las subculturas criminales:

"Es la cultura del gueto, del slum. Tomemos (...) el ejemplo del joven negro de una gran metrópoli norteamericana. Se ha dicho que él también desea la riqueza y el éxito como todos los demás componentes de la sociedad. Sin embargo inmediatamente será obligado a darse cuenta de que el color de su piel, el barrio donde habita, su baja escolaridad, etc. le hacen imposible la meta del éxito económico en las formas institucionales y lícitas que son reservadas a un muchacho de su misma edad, pero con la piel blanca, que procede de una familia de burguesía media y con una instrucción universitaria. En resumen, toma conciencia de que el juego de la vida, la gran competencia, se decide con cartas trucadas que lo hacen, desde el comienzo, perdedor. Al mismo tiempo, viviendo la realidad de otros jóvenes de su condición social, aprenderá que el contrabando, la venta de estupefacientes, la organización en bandas de navaje

ros son prácticas mucho más difundidas que gozan también de cierta consideración: son aceptadas, son consideradas por muchos habitantes del barrio como un ejemplo (...) estas actividades consideradas por la sociedad como ilegales terminan por transformarse en verdaderos y propios valores: la solidaridad entre los miembros del mismo ambiente, el encubrimiento frente a las fuerzas del orden, una cierta dosis de valor y de prestancia física, etc., en fin, el amor por la aventura, por el peligro..." (Pavarini, pp. 111-112).

No es difícil darse cuenta de que la teoría de la anomia y las subculturas criminales rebasa los límites estrechos de las TPC, en la medida en que ubica el fenómeno de la criminalidad en un contexto mucho más amplio, hasta lograr una crítica que deja ver una estructura social que genera desigualdades y desventajas para una gran cantidad de sus miembros, es decir, una estructura que genera criminalidad.

Obsérvese que no queremos dar por sentado que esta teoría represente un giro radical como explicación del fenómeno criminal; tan sólo decimos que "va más allá" en relación con las TPC. Entre las críticas contundentes a la teoría de la anomia tenemos aquella que la destaca como ignorante de las causas que permiten que en una determinada sociedad el nivel cultural lleve a una acentuación de las metas finales en consonancia con una disminución de los medios institucionales. Dado que esta teoría no ofrece un modelo explicativo del origen estructural del proceso anómico, termina por considerar como natural, o más bien como ahistórica, una estructura social dominada por la competencia. Por otro lado, su punto de partida es una sociedad inamovible, partiendo de leyes definidas y supuestamente aceptadas por la mayoría de los individuos. En pocas palabras, este enfoque es de los que "piden de prestado a los juristas y al derecho" sus definiciones de comportamiento criminal y estudian este comportamiento como si existiese tal cual, objetivamente, en todas las épocas y en todas las sociedades. Ahora bien: ¿explica este enfoque los crímenes de los poderosos? Esto queda de tarea.

5 El labelling approach: un giro dentro de las teorías sociológicas de la criminalidad.

Este enfoque teórico se destaca entre aquellos que conciben la sociedad como pluralista. El modelo pluralista de sociedad propone que ésta se compone de una gran diversidad de grupos sociales que tienen intereses distintos y muchas veces contrapuestos; plantea que las leyes no refle-

jan acuerdos generales sobre lo justo y lo injusto, sino la inexistencia de todo acuerdo y, por lo tanto, evidencian únicamente un mecanismo que pretende la solución pacífica de los conflictos.

"Los criminólogos tradicionales se formulan preguntas como éstas: ¿quién es criminal?, ¿cómo se llega a ser desviado?, ¿en qué condiciones un condenado llega a reincidir?, ¿con qué medios puede ejercerse un control sobre el criminal? Los interaccionistas en cambio, como en general los autores que se inspiran en el labelling approach, se preguntan: ¿quién es definido desviado?, ¿qué efecto acarrea esta definición para el individuo?, ¿en qué condiciones este individuo puede llegar a ser objeto de una definición? y, en fin, ¿quién define a quién?" (Baratta, p. 87).

Es importante aclarar que los teóricos del labelling approach orientan su búsqueda en dos direcciones: una que estudia la formación de una "identidad de desviado o de criminal", y otra que se aboca al problema de cómo se distribuye el poder de definición entre los distintos grupos que conforman la sociedad. (Esto último es lo que destaca a las teorías interaccionistas como superiores a las que revisamos anteriormente.)

La primera vertiente de este enfoque destaca dentro de cada sociedad un conjunto de reglas que establecen el comportamiento que se espera de cada uno de los individuos que la conforman. Ahora bien, puesto que la sociedad es una estructura jerárquica compuesta por diversos grupos en interacción y enfrentamiento constante, es del todo claro que demasiados individuos ven reducidas sus posibilidades de observar el comportamiento "adecuado". Ante esta situación no es extraño, entonces, que se manifieste cualquier conducta calificada como desviada por los grupos que tienen el poder para hacerlo: "El comportamiento desviado es creado por la sociedad. Yo no digo esto en el sentido que se lo entiende de ordinario (...) Yo digo más bien que grupos sociales ocasionan el comportamiento desviado porque formulan reglas cuya violación constituye comportamiento desviado" (Becker, citado en Lamnek, p. 61). Pero, regresemos con el individuo infractor.

Una vez que se presenta el hecho penado, el delincuente sufre las consecuencias que le acarrea la posesión de la etiqueta de criminal; fenómeno que se conoce como "desviación secundaria", la cual representa la asunción por el delincuente de su papel de desviado: "deviene un medio de defensa, de ataque o de adaptación respecto a los problemas manifiestos y ocultos que se crean por la reacción social a la primera desviación" (Baratta, p. 89).

La manera como se destaca el proceso de etiquetamiento (también llamado "encasillamiento") evidencia que la personalidad y la conciencia de los individuos son resultado de lo que los demás opinan durante el amplio fenómeno de la interacción personal. Esto es, si un sujeto es definido como agresivo, y tratado como tal, terminará por creer que realmente lo es y se comportará en consecuencia.

En este sentido, el labelling pretende quitar legitimidad a la función ideológica de los aparatos de control social; y no sólo eso, también otorga a éstos funciones de agentes de criminalización: la cárcel promueve carreras criminales.

La segunda vertiente del labelling resalta un carácter distintivo de este enfoque: la criminalidad no es algo objetivo y natural, sino que constituye una definición, producto de un juicio otorgado a ciertos comportamientos. Esto quiere decir que el criminal es aquel definido como tal; y en este sentido el criminal es igual a aquellos que no lo son. "Si un acto es por tanto criminal es porque se le define como tal y no por otro motivo (por ejemplo, porque es manifestación de una naturaleza criminal), se hace entonces imposible comprender la criminalidad en base a una relación causal entre factores criminógenos y comportamiento criminal" (Pavarini, p. 127).

En este modelo el interés se dirige hacia el proceso de interacción de quien tiene el poder de definición y quien sufre esta definición. Como se ve, aquí el hecho criminal en sí deja de ser lo más importante para centrarse en los procesos de criminalización, es decir en los mecanismos sociales que definen un comportamiento o un sujeto como criminales. Aquí la población criminal no interesa como una especie sujeta a factores criminógenos, lo que interesa es la manera como los criminales son definidos y tratados, es decir se destaca que el comportamiento criminal tiene un carácter relativo.

Ahora bien, ¿por qué a este enfoque se le denomina pluralista? "En particular esta aproximación criminológica postula la ausencia de un consenso general sobre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es justo y no lo es. Lo único que existe es el proceso de interacción a través del cual las definiciones (y por tanto también las definiciones de criminalidad) son atribuidas a ciertos comportamientos humanos. Lo que importa verdaderamente es estudiar cómo los sujetos encasillados reaccionan a estas definiciones" (Pavarini, p. 128).

A pesar de que este enfoque significa un gran avance para explicar el fenómeno de la criminalidad, no está exento de una serie de limita-

ciones que han permitido a los críticos calificarlo como enfoque restringido: "la adhesión a un modelo pluralista de sociedad impide a la criminología interaccionista toda fe en valores absolutos, por lo que, en el momento de sus propuestas (...) no puede más que auspiciar reformas dirigidas a reducir el poder de definición y por tanto de criminalización de los aparatos de control. Invoca por ende una reforma penal lo más neutral posible (las normas como reglas de juego y no como valores), una taxativa disciplina del poder discrecional en la actividad de policía y de la magistratura, una drástica reducción de los mecanismos más violentos de criminalización (léase: reducción de la población detenida)." Se afirma entonces que este enfoque no representa otra cosa que una invitación a la tolerancia, un llamado a la diversidad, a una política criminal que intervenga lo menos posible.

Como se puede observar, nunca fue nuestra intención destacar el modo lo adecuado (si lo hay) de interpretación de la criminalidad. Quisimos sólo presentar algunos enfoques (sociológicos) que dejan ver de manera más o menos clara una búsqueda más amplia e intensa en relación con las IPC. Partiendo de que damos por sentado cierto convencimiento de que estas últimas han quedado rezagadas, en el próximo capítulo regresaremos al ámbito propiamente psicoanalítico para examinar las causas posibles de tan lamentable atraso de nuestra disciplina.

4. EXPLICACIONES DEL ATRASO: EL PSICOANÁLISIS INSTITUCIONALIZADO

En el capítulo anterior tratamos de demostrar una serie de limitaciones del psicoanálisis en su afán explicativo de un fenómeno específico: la criminalidad. Hablamos del psicoanálisis como una teoría reduccionista, esto es, apática hacia una serie de factores sociales que codeterminan el comportamiento de los individuos. Tal apatía coloca al psicoanálisis como una disciplina que legitima un sistema social caracterizado por la injusticia. Partiendo de que una función de este tipo no es propia del psicoanálisis, en este capítulo destacaremos algunos factores -sólo algunos, entiéndase- que la determinan. Tales factores son la institucionalización del psicoanálisis y la neutralidad y formación del analista.

Institucionalización.

"Institucionalizar", en su acepción común y simple -de diccionario-, es "poner algo o a alguien bajo el cuidado de una institución". En el caso de la institucionalización del psicoanálisis, tal definición es acertada, sólo que es necesario extenderse un poco más con el fin específico de obtener un marco de referencia adecuado a nuestro propósito en este apartado: considerar el daño que ha sufrido el psicoanálisis una vez vuelto institución.

Hacia 1914 el psicoanálisis gozaba ya de cierto prestigio y de un número cada vez mayor de simpatizantes, aunque ciertamente esto no quiere decir que sus detractores iniciales habían "bajado la guardia"; por otro lado, se habían dado ya "las escisiones más dolorosas en la historia del movimiento psicoanalítico (Adler y Jung)" (Bicecci, p. 10). Frente a todo este abanico de situaciones, Freud se da cuenta de ciertas tendencias a asimilar su gran obra, es decir "percibe cierta proclividad de algunos de sus discípulos a buscar la aceptación aun a costa del mismo psicoanálisis" (*ibidem*). Quizá es entonces cuando Freud estima que sus teorías están desprotegidas, y partiendo de tres inquietudes se aboca a la creación de un organismo defensor.

La primera de estas inquietudes se refería a que "la Sociedad de los Miércoles no parecía asegurar una adecuada difusión del psicoanálisis y peligra dejarlo asimilado a la pequeña comunidad de judíos vieneses. Esto hizo estimar a Freud las condiciones prometedoras que se vislumbra

ban en Zurich. Ubicada en el corazón de Europa, esta ciudad contaba con una situación intelectual envidiable, apertura a las teorías más actuales y fluida comunicación con distintos centros de importancia. Además Bleuler aceptaba e incluso estaba dispuesto a introducir el psicoanálisis en su propia clínica, lo que implicaba un antecedente de aceptación por parte de un reconocido representante de la psiquiatría.

La segunda de las inquietudes de Freud se refería a su propia persona. Esta parecía constituir un obstáculo para la difusión de la teoría al despertar amores o enconos muy marcados... Freud confiaba en que muchos peligros podían evitarse si se instauraba una autoridad dispuesta a aleccionar y a disuadir. Esta función la había cumplido él mismo y ahora esperaba hacer un deslizamiento de esta autoridad en la conducción del movimiento psicoanalítico" (Bicecci, p. 13).

La tercera inquietud de Freud se centraba en la instrucción, esto es, era necesaria la formación de un centro donde se prepararan los futuros analistas y en donde se garantizase la transmisión pura del discurso psicoanalítico.

Es así como se forma la International Psychoanalytische Verein. Para dójicamente aquel intento de protección pronto encontró un rumbo que padeció -y padece, según quienes conocen a fondo la dinámica de los diversos institutos de la actualidad- "todos los avatares propios de cualquier institución: burocratización, dogmatismo y lucha por el poder y prestigio, dentro de la institución y frente a otras instituciones (institutos psicoanalíticos rivales, universidades, aparatos de salud mental, etc.) y también escisiones, segregaciones, rivalidades, monopolios y/o oligopolios..." (Basaglia, Razón..., p. 157). Efectivamente, Freud se dio cuenta pronto de que sus discípulos no se consagraban al psicoanálisis de una manera pura y vislumbró que se perseguían una serie de fines ajenos por completo a éste: la necesidad de reconocimiento personal, por ejemplo. Se ha llegado a afirmar que la producción teórica dentro de la institución responde más a las diversas redes emocionales que se tejen en torno a los líderes, que a la investigación clínica en sí.

Actualmente existe una gran cantidad de instituciones psicoanalíticas que tienen cada una la verdad de la teoría psicoanalítica, pero una verdad ligada a intereses de poder. Marie Langer, criticando esta situación, nos dice: "Únicamente es psicoanalista, y tiene el derecho de lla marse así, quien pertenece a una sociedad psicoanalítica, miembro de la Asociación Internacional Tal (...) Encontramos esta frase, con variacio

nes, en todos los reglamentos de todas las sociedades psicoanalíticas 'oficiales'. Creo que es la única vez que una ciencia es definida a través de una pertenencia institucional. Esta forma es la base del prestigio científico y poder económico que ofrecerá y manejará la institución" (cit. en Basaglia, Razón ..., pp. 61-62; subrayado nuestro).

Marie Langer también estaba de acuerdo, porque lo vivió, en la influencia que tiene el interjuego afectivo -inherente a toda institución- en la producción de conocimiento, o cuando menos en la toma de partido respecto a los diversos temas de estudio. Esto no puede dejar de advertirse desde el momento en que las instituciones se estructuran de manera piramidal; generalmente se constituyen de varios grupos liderados cada uno por un analista didáctico-maestro. Dice Langer: "La cohesión de estos grupos está dada por el uso y, a menudo, por el abuso de la transferencia y por la contratransferencia que se establece en la situación forzosamente regresiva de los análisis didácticos interminables. Las consignas de cada grupo provienen del conflicto del líder, pronto compartido por todos..." (*ibid.*, pp. 66-67).

Aunque se trata de un fenómeno velado, algunos críticos han entendido que no es el psicoanálisis por sí lo que predomina en las instituciones. El personal elitista de éstas garantiza sus privilegios antes que cualquier otra cosa. Mannoni afirma que el simple hecho de que este personal exista es suficiente para explicar toda resistencia al cambio estructural de las instituciones. Ahora bien, cuando el cambio es inevitable conduce a escisiones, las cuales "nunca han engendrado nada nuevo en el plano institucional. Cada grupúsculo que se constituye se estructura de acuerdo con el mismo modelo de la sociedad de la que se ha separado" (Mannoni, El psiquiatra ..., p. 192).

Otra de las aberraciones de las instituciones se evidencia en el hecho de que ninguna se ha preocupado por elaborar la verdadera historia del psicoanálisis como movimiento social. Todos sus intentos han caído en relatos ligados a la vida y obra de los grandes hombres en la historia de la doctrina: anécdotas edificantes, reconstrucciones escrupulosas del encadenamiento de los descubrimientos y sobre todo recuentos minuciosos de errores y desviaciones respecto al psicoanálisis verdadero. (Quizá se pueda pensar que este trabajo no está exento de caer en lo mismo que critica.) Una prueba de esto que venimos diciendo está en que el movimiento que planteó más seriamente el problema de la relación entre psicoanálisis y estructuras de poder -el de Wilhelm Reich- ha sido

sospechosamente ignorado.

Las instituciones han hecho siempre de las críticas al psicoanálisis un asunto interno, y éstas han sido problema hasta el momento en que se realiza una reconceptualización de las mismas, siempre mediante los recursos de la doctrina y la habilidad argumentativa de la élite dirigente de la institución: "La doctrina -dice Foucault- vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciación y como consecuencia les prohíbe cualquier otro ..." (cit. en Bicecci, p. 18).

Robert Castel explica mejor que nadie lo anterior cuando afirma que la cuestión de las sociedades psicoanalíticas oculta en realidad el problema del lugar del psicoanálisis en la sociedad; así, por ejemplo, plantean: "¿cuál debe ser la carrera profesional de los especialistas en la propagación de la doctrina? y no: ¿cuál es la situación social y qué les demandan la sociedad a estos agentes sociales que son también los psicoanalistas? ¿cuáles son las estructuras institucionales mínimas para asegurar de manera satisfactoria la reproducción de los productos de la doctrina? y no: ¿cuáles son las finalidades externas de la organización interna de las sociedades, cómo reproducen éstas las estructuras de poder, cómo distribuyen los valores culturales y los bienes simbólicos, cómo transmiten criterios de diferenciación y de promoción social?" (Castel, p. 22). No en vano se dice que plantear el problema político-social del psicoanálisis es introducir un elefante en un bazar.

La crítica hacia la institucionalización del psicoanálisis es creciente y en general la respuesta es la indiferencia. Ahora bien, cuando es ya imposible hacer caso omiso de las críticas respecto a su responsabilidad social, las instituciones presentan lo que Castel ha llamado el "esquema de recuperación", esto es, se busca una rectificación que generalmente se traduce en un "regreso a Freud". Con esta especie de purga "se ahorra así el esfuerzo teórico necesario para pensar esa relación entre lo analítico y lo extraanalítico y los sacrificios prácticos que los círculos psicoanalíticos deberían tal vez aceptar si adoptaran una representación menos fantasmagórica de sus responsabilidades sociales. La metáfora de la recuperación es la máscara bajo la cual el psicoanálisis (aquí nosotros diríamos la institución psicoanalítica) disimula, y se disimula, su complicidad esencial con una estructura social que lo ha producido, lo apoya y lo propaga. Arrancar esa máscara es la primera tarea que hay que cumplir para llegar a una evaluación objetiva del psicoanálisis" (Castel, p. 30). Entonces, pues, desde el principio debemos

tener una idea perfectamente clara de la manera como se extiende el discurso psicoanalítico hacia una enorme cantidad de organismos públicos y privados (médicos, escolares, judiciales, industriales, etc.), sobre cuáles son las expectativas que cubre y a qué sector de la población corresponden éstas (aquí se observarían temas relacionados con el control de la población, la conservación del poder, etc.). En pocas palabras, habría que delimitar con precisión toda la dimensión ideológica de las instituciones psicoanalíticas y, una vez sin máscara, emprender la marcha.

Neutralidad del analista.

A raíz de que Estados Unidos destruyó las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por medio de la bomba atómica, el tema de la neutralidad del científico ha sido objeto de enconados y sesudos análisis por parte de un gran número de estudiosos. La neutralidad en ciencia consiste en una actitud de desinterés por parte del científico hacia el uso que se hace de sus descubrimientos o invenciones. En el caso del psicoanálisis es otra cosa.

¿Qué es neutralidad en psicoanálisis? El Diccionario de psicoanálisis nos dice: "Una de las cualidades que definen la actitud del analista durante la cura. El analista debe ser neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera y abstenerse de todo consejo; neutral con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa con la fórmula 'no entrar en el juego del paciente'; por último, neutral en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder a priori una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones" (La Planché y Pontalis, p. 256).

Como regla analítica, parece no haber dudas respecto a la neutralidad. Las dudas aparecen en el momento en que ésta se traduce en alejamiento o insensibilidad del analista ante aquellas situaciones sociales generadoras de patología psíquica. (Se dice mordazmente que el psicoanalista toma a su paciente y se lo lleva a otra escena.)

La neutralidad del analista no es posible. Esta es una afirmación que cada vez se argumenta más. Marie Langer afirma que "nadie de nosotros es capaz de ser neutral ante lo valorativo; todos tenemos nuestro esquema de valores, conscientes e inconscientes. Entonces, según el criterio consciente o inconsciente de realidad y de meta social del psicog

nalista, se forma su concepto de salud mental. Y este concepto de salud mental también ya es totalmente ideologizado" (en Basaglia, Razón, p. 73).

Se afirma que "extrañamente" la neutralidad es un tema intocable para los analistas; cuando se toca, lo único que aparece son "variaciones marginales sobre la base de un consenso (...) el hecho de que un psicoanalista sea jesuita o masón, ex médico militar o intelectual de izquierda, judío o protestante, aparentemente no ha suscitado problemas (...) y sin embargo el analizado tiene sin duda que percibirlo en alguna parte" (Castel, p. 47). Cuando menos existen tres esferas en las que es im posible pretender la susodicha neutralidad: la social, la política y la "de diván".

En la esfera social se considera imposible la neutralidad debido a toda una serie de situaciones que rodean al analista, esto es, las modalidades de su formación, los signos evidentes de su posición económica, los factores de prestigio y el carácter liberal de su práctica, etc. En la esfera política tampoco puede ser neutral porque desde el momento en que no exprese posiciones políticas, y precisamente por esto, realiza una elección indudable. Dice Castel que cuando se hace como si no hubiera dos campos ya se ha elegido uno. En este terreno político, pues, es donde el psicoanalista realiza la política del apoliticismo. Por último, se afirma que la ideología del analista "alcanza" al paciente en una gran cantidad de formas sutiles: el tono de voz, la selección del material a interpretar, etcétera.

Todos estos argumentos son fuertes y es difícil entender cómo es que los psicoanalistas son impermeables a ellos. Al parecer la "concha" de los analistas se constituye del convenio que realiza con su paciente. Castel habla de dos condiciones necesarias: "Que exista en el trasfondo de la relación dual una especie de situación de endogamia* social y política, el doble conformismo del analista y del analizado (en el sentido de la conformidad de sus ideas con las ideas de la clase dominante), que elimina de facto el problema político" (Castel, p. 48). La segunda condición se refiere a que cuando falta esa afinidad ideológica y/o social, las reglas del proceso terapéutico son lo bastante fuertes como

*Endogamia: regla que dice que los individuos deben casarse con otros de su mismo grupo; se utiliza en etnología.

para invalidar toda diferencia.

En general se presenta el primer caso, es decir, no se presenta ninguna desavenencia: el acuerdo es automático.

Ahora bien, también sucede que las diferencias ideológicas se presentan desde un principio (Castel dice que esto viene sucediendo de modo creciente; véase la p. 49). Ante ello, el psicoanalista debe "conquistar esa complicidad (...) La negativa a neutralizar la dimensión específica de lo político, a dejarla 'interpretar', es una violación de la convención que provoca una crisis en la relación. Ignoro totalmente de qué modo puede ser manejada 'técnicamente' esta crisis mediante el dominio de la transferencia, pero observamos tres o cuatro desenlaces posibles que, en lo que nos interesa, se reducen a lo mismo: sea la ruptura del contrato y la interrupción de la relación por la partida del sujeto; sea la neutralización del problema político en cuanto uno de los núcleos problemáticos de la relación, es decir, la puesta entre paréntesis de su impacto analítico hasta que deja de obstaculizar el intercambio; sea la subjetivación del problema, interpretado ahora como el producto de dificultades propias del sujeto, siendo el rechazo de tales interpretaciones una parte de las defensas que hay que vencer, etc. En todos estos casos (...) la 'neutralidad' analítica invalida la dimensión político-social. Supone o impone el apoliticismo como el referente político normal de la situación analítica..." (Castel, p. 50).

Sin pretender una defensa a ultranza de Freud, algunos psicoanalistas han planteado ciertos hechos que no pueden ignorarse. Afirman que es demasiado pretencioso esperar que Freud se ocupara del sistema en que vivía, una vez que en efecto estaba ensimismado en su obra teórica; estaba también demasiado ligado a sus analizandos, que ciertamente pertenecían a su clase o a la clase aún más elevada. Ahora bien, sabemos ya que el hecho de que el analista actual ignore la dimensión social tiene varias causas. Entre éstas hay una que destaca: la institucionalización -junto con uno de sus retoños predilectos, la neutralidad. Dice Langer: "Un pensador tan sabio y viejo como Bion predijo que los próximos descubrimientos psicoanalíticos provendrían probablemente desde fuera de las sociedades (instituciones), ya que éstas, de continente protector de un pensamiento revolucionario, se habían transformado en su traga" (en Basaglia, Razón, p. 70).

Formación del analista.

Como el anterior, el tema de la formación del analista está íntimamente ligado al de la institucionalización; la decisión de abordarlo por separado se debe a que demasiadas de las críticas lanzadas por los diferentes autores se refieren al analista en sí.

Uno de los aspectos que más se destacan cuando se busca reivindicar al psicoanálisis es la diferencia abismal -el adjetivo no es mío- entre los primeros analistas y los actuales. Se dice que aquellos constituían un grupo dispuesto a enfrentar la indignación, la incredulidad y el desprecio que las teorías psicoanalíticas despertaban en su derredor; destacando el hecho de que el aspecto económico era un factor secundario. Actualmente, en cambio, los psicoanalistas se aprovechan de que encarnan un místico modelo de salud mental para moverse a sus anchas respecto a honorarios, producción intelectual, etcétera.

Se afirma que los parámetros de "normalidad" con que se mide un "Buen candidato" a psicoanalista -junto con aquellos con que se le evalúa a lo largo de toda su carrera- garantizan ciertamente la formación de un excelente académico, pero no lo predisponen en absoluto a ser un buen psicoanalista. "Los psicoanalistas interesados en el psicoanálisis llamado científico son cada vez más raros. No se ha tendido un puente, nos dice Brian Bird, entre los psicoanalistas puros de antes y los hombres de acción de hoy, preocupados más por la práctica médica que por la investigación analítica (...); viviendo al margen de todo reconocimiento como en sus inicios, en un lugar en que se lo considerará maldito como la peste, llegará el psicoanálisis a recuperar el verdor de los comienzos de la era freudiana, y a escapar de la era menopáusica que lo aqueja" (Manonni, El psiquiatra..., p. 208).

Lo cierto es que de los analistas-médicos no se puede esperar mucho en este sentido, una vez que salen de la institución con la mira puesta en la promoción de su carrera, que se traduce en ligar al psicoanálisis con metas pedagógicas, adaptativas, curativas o regeneradoras, todo ello dentro de un ambiente de bienestar que permite alcanzar las capas mejor acomodadas de la sociedad (o por lo menos mantenerse en aquellas a las que pertenecen; para nadie es un secreto que los psicoanalistas no precisamente provienen de las capas desfavorecidas); que permite continuar con la regla aquella del imprescindible bienestar total que evita contaminar su relación con los pacientes; que permite continuar con la famosa moda de la media jornada analítica, con la idea de que la otra mitad de

tiempo (libre) se dedique a todo, menos al psicoanálisis. No en vano se dice que los excelentes profesionistas surgidos de las instituciones psicoanalíticas actuales nada tienen que ver con aquellos enfants terribles de los primeros tiempos, que por cierto son distinguidos por Brian Bird como los más neuróticos, pero también los mejores teóricos.

Así, pues, ante el abanico de situaciones, ¿es posible que un analista entienda la problemática total de un paciente que le presenta diferencias ideológicas? ¿Se puede pensar en la posibilidad de comunicación bidireccional entre personas tan extrañas entre sí? ¿Puede nuestro psicoanalista responder a necesidades que no conoce, puesto que su posición social no le permite siquiera imaginarlas? ¿Será cierto aquello de que "los técnicos, para responder a las necesidades del usuario, hablan entre sí en lugar de hablar con el usuario"? ¿Es cierto que del psicoanálisis se han apropiado tanto terapeutas como pacientes de un sector específico de la sociedad, los cuales ven con ojos igualmente penetrantes desde el mismo punto de vista, en la misma dirección, el mismo sector del mundo?

Le asiste completa razón a José Joaquín Blanco cuando afirma que la inteligencia que promueve nuestra sociedad es la "inteligencia atarugada: es decir, se estimulan las capacidades mentales de las personas, para desarrollarse en cauces predispuestos y estrechos que conducen inmediatamente a la tontería" (Blanco, Función de medianoche, p. 30).

Ciertamente existe una relación directamente proporcional entre inteligencia y conformismo con la situación social vigente, aun cuando ésta se manifieste brutalmente injusta. La capacidad de atarugamiento del inteligente -siempre según Blanco- es su gran forma de negociar metas como riqueza, poder, comodidad. Sin duda, la alternativa no deja de abrirnos los brazos: la búsqueda de una inteligencia colectiva, con todo lo revoltoso que ella entraña.

5. CONCLUSIONES, O ALTERNATIVAS FURTIVAS

Cuando este trabajo fue planeado se pensó en incluir un capítulo final que observaría las alternativas al psicoanálisis institucionalizado. Se trataba de una serie de experiencias* entendidas, en ese entonces, como los modelos a seguir. Sin embargo, al paso del tiempo nos dimos cuenta de que las cosas no eran tan simples como se pudieron haber pensado en un principio. Llegamos, pues, a la conclusión de que, por desconocer demasiado respecto a nuestra disciplina y su circunstancia, carecemos de autoridad intelectual para proponer soluciones a un problema tan complejo como es la institucionalización del psicoanálisis y sus graves consecuencias. No obstante, sí consideramos conveniente describir de modo somero dichas experiencias porque constituyen respuestas (valerosas) a todo aquello que hemos venido criticando. Respuestas que por lo demás atacan por dos frentes: por un lado buscan reivindicar el compromiso social de nuestra disciplina, y por el otro luchan por acabar con la causa directa de las anomalías que atienden: los sistemas sociales injustos, todo lo cual las hace ineludibles para todo proyecto que pretenda cambios al respecto.

1. La Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) creada en 1915 es considerada la impulsora del psicoanálisis en América Latina. Esto, sin embargo, le acarrió una "ganancia" no prevista: se le considera también la responsable directa de la difusión de un psicoanálisis apolítico, "que -según Marie Langer- sostuvo la posición 'neutra' (vale decir conservadora) de sus integrantes, así como de toda la zona de influencia que ellos abarcan a través de sus analizandos y los terapeutas que forman parte de la Institución" (Langer, p. 56).

*En el término experiencias incluimos tres movimientos de profesionales de la conducta que reaccionaron a la institucionalización aquí criticada. Estos son: la escisión de psicoanalistas de la Asociación Psicoanalítica Argentina; la labor de los Colectivos de Trabajadores de la Salud Mental de Chile, y el trabajo de José Cueli con marginados del estado de México.

Fue a fines de los años cincuenta cuando un nutrido grupo de psicoanalistas de la APA -que con ironía se autodenominaban progresistas y oferentes de sabiduría y salud física y mental- acabó reconociendo el carácter legitimador de su labor respecto a un sistema social que no les satisfacía. Su razonamiento fue, en ese entonces, simple: "Nosotros nos proponíamos salvar al mundo a través del psicoanálisis. Y no sabíamos, otros lo tenían reprimido, que como miembros de la clase dominante salvábamos únicamente a nuestros analizandos que pertenecían a la misma clase y participaban con nosotros de la explotación" (*ibid.*, p. 61).

Según esto último, quedaba claro entonces que la voluntad de curar o de ayudar acababa en contradicción, dada la complicidad (velada) con un sistema que generaba enfermos.

Para Langer, la prueba del carácter equivocado de la labor de los psicoanalistas de la APA se observa en las metas de salud mental para el paciente: ganar mucho dinero, adquirir un estatus elevado y disfrutar de libertad sexual plena.

El primer choque interno de la APA se da en 1959, cuando un grupo de psicoanalistas muestra su desacuerdo con la estructura piramidal de la institución. Posteriormente, en 1961, se da otro enfrentamiento, en el que dicho grupo -ya en pleno compromiso de reivindicación social del psicoanálisis- sostenía la necesidad de ofrecer servicio terapéutico gratuito. Esta postura recibió fuertes críticas, una de las cuales decía que trabajar sin compensación económica era masoquismo puro.

La escisión se hizo inminente. Una muestra de la valentía y la confianza del grupo disidente la constituye el hecho de que la separación estaba sustentada en una afán de luchar por un cambio social, en la certeza de que la situación sociopolítica de ese momento favorecía esta lucha, y en la convicción indeleble de que la APA se había convertido en freno para el cambio. A fin de cuentas, el resultado fue más que satisfactorio, según nos lo explica la misma Marie Langer: "Sólo fuera de la APA y con el transcurso del tiempo, nos dimos cuenta que recuperábamos una facultad de pensar y cuestionar, y una fluidez que poco a poco y sin darnos cuenta habíamos perdido (...) Nos metimos de lleno en todos los campos disponibles. Levantamos nuestros gremios: la Federación Argentina de Psiquiatras, la Asociación de Psicólogos y la Asociación de Psicopedagogos, creamos a la Coordinadora y al Centro de Docencia e Investigación (CDI), donde a todos los agremiados, por un costo mínimo, se ofrecía formación psicoanalítica enfocada, hasta donde pudimos, desde un ángulo nuevo..." (*ibid.*, p. 71).

El movimiento culmina, en el plano material, con la creación de nuevos institutos y con un extenso programa de congresos y jornadas de trabajo con criterios novedosos y asistencia masiva. Ahora bien, en el plano ideológico se obtiene un resultado interesante ya que, contra lo que podía esperarse, no se da vinculación alguna con grupos políticos de ningún tipo, aunque los psicoanalistas sabían "dónde y cómo" participaban, es decir, se tomó partido entre la vida y lo que la negaba, que no es lo mismo que la militancia partidaria tan temida. Quizá la conclusión más interesante fue la convicción de que el esquema de valores del analista influye en los resultados de la terapia, de modo que la afinidad ideológica entre terapeuta y paciente se constituyó en una de las condiciones del tratamiento exitoso.

Sólo movimientos como el descrito pueden llegar a conclusiones tan certeras como esta: "El mayor mérito del psicoanálisis es que las personas se conozcan y que puedan adquirir cierta sinceridad frente a las propias mentiras y la propia hipocresía; la propia, la ajena y la del sistema" (ibid., p. 82).

2. Es de todos conocida la difícil situación que el pueblo chileno vive hasta nuestros días bajo la dictadura de Augusto Pinochet, quien derrocara al gobierno democrático de Salvador Allende en 1973.

Los Colectivos de Trabajadores de la Salud Mental están constituidos por profesionales de la salud que, de manera clandestina, ponen su saber al servicio de las víctimas de la represión política: torturados, perseguidos y familiares de desaparecidos. Fundamentan su labor con una conciencia clara de la injusticia social imperante y con una actitud comprometida respecto a su realidad. (Comprometida en el sentido justo de la palabra, es decir, que se sustenta una opinión decidida del mundo y se enfrenta a otras opiniones hasta sus últimas consecuencias.) Enfrentan un proceso brutal de deshumanización y desquiciamiento de la sociedad en que viven, por lo cual buscan, a través del espacio terapéutico, una modalidad de recuperación. Dicen: "Hemos concebido a la psicoterapia como un proceso de profundo compromiso interpersonal, mediante el cual el hombre recupera su capacidad para enfrentar su realidad, a través de la discriminación de las situaciones en ella que lo agobian y descompensan, del significado que él ha atribuido a tales situaciones de acuerdo con su organización intrapsíquica, experiencia, historia vital, principios y valores, y de los propios recursos ideológicos que les permitan intentar la transformación activa de esta situación" (Lira

y Weinstein, p. 12; subrayado nuestro).

Destacamos la labor de estos profesionistas porque entienden al individuo ligado sin más a un contexto que lo impregna, lo tiñe y, en fin, determina su vida cotidiana, sus vivencias y sentimientos: "Lo que se intenta es restablecer la relación del sujeto con la realidad, recuperando su capacidad de vinculación con las personas y las cosas, su capacidad de proyectar su quehacer y su futuro mediante un mejor conocimiento de sí mismo y de sus propios recursos, y también mediante la ampliación de su conciencia respecto a la realidad que le ha tocado vivir" (ibid., p. 13; subrayado nuestro).

A través de la práctica, estos colectivos han encontrado necesario buscar formas terapéuticas breves y eficaces -y las han encontrado ¡faltaba más! Con esto demuestran que la práctica psicoanalítica está abierta a las modificaciones que las condiciones extraordinarias exijan; que la práctica psicoanalítica no tiene más límites que aquellos trazados y defendidos por los funcionarios del psicoanálisis, los cuales -parafraseando a Hermann Bellinghausen- encarnan voluntad de congelamiento.

Uno de los logros más beneficiosos de esta búsqueda lo constituye el denominando Testimonio, entendido como aquel instrumento mediante el cual se da fe de un hecho, es decir, el paciente comunica al terapeuta, de manera verbal, su experiencia traumática. El testimonio se fundamenta en la catarsis, el primer método terapéutico utilizado por Freud.

Ahora bien, la labor de los colectivos no se reduce a la instrumentación simple de un método terapéutico, ya que éste es sólo su punto de partida. Alrededor de la catarsis han encontrado una gran cantidad de conocimientos valiosos. Así, el paciente no sólo se "desahoga", sino que su experiencia dolorosa, una vez grabada, escrita y, claro, analizada, le es devuelta para su elaboración consecuyente: "El testimonio puede ser considerado como una repetición, como un viaje hacia el pasado, viaje que conduce al individuo a cambiar la experiencia pasada y, a la vez, a modificarse a sí mismo creando un nuevo presente y un nuevo futuro" (ibid., p. 22).

El testimonio no es sólo recuerdo-confesión afectivo (que ya por el simple hecho de ser afectivo implicaría eficacia, porque una ofensa, si cobrada, es menos ofensa, aunque sólo sea con palabras), sino que llega a constituirse en un poderoso instrumento de denuncia, con lo cual se manifiesta ya como una forma de reparación social y un duro golpe político contra el represor (ningún torturador -sea hombre, sea sistema- acepta que tortura).

El testimonio, en fin, no restringe el conflicto al ámbito privado o restringido del consultorio, sino que proyecta a toda la sociedad hechos individuales envueltos en las circunstancias históricas que los produjeron. "Es por tanto una forma de proyectar(...) la responsabilidad social del terapeuta, incluido en la tarea de transformación de la sociedad, para que ella posibilite que los hombres, todos los hombres, lleguen a construir una sociedad verdaderamente humana" (ibid., p. 36).

3. Psicocomunidad es un modelo psicoanalítico de investigación y, a la vez, un método terapéutico para grupos relativamente grandes. Nació en 1970 como respuesta a la marginación social urbana y a la crisis del psicoanálisis como instrumento de explicación de fenómenos sociales. Se trata de una extrapolación de la relación terapeuta-paciente a la relación grupo-comunidad (en ese orden), y el objetivo general apunta a elevar el nivel de vida de los marginados sociales mediante la recuperación de sus aptitudes "físicas, psicológicas, sociales y vocacionales que les permitan lograr una mejor comprensión de sí mismos, de los otros y de su situación, e incorporarse al trabajo productivo y a las instituciones sociales" (Cueli, p. 1).

Hasta ahora el método de psicocomunidad se ha puesto en marcha, sobre todo, en comunidades marginadas de Ciudad Nezahualcóyotl, en el estado de México. En términos operativos el modelo se compone de un grupo de investigadores (variable independiente) que, a través del método clínico derivado de la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales, promueve una serie de cambios en la comunidad (variable dependiente). En un principio, el grupo actúa para provocar una respuesta en la comunidad. Esta respuesta no tarda en aparecer y, en cuanto lo hace, desata a su vez respuestas en el grupo, todo ello en un proceso de retroalimentación continua que sólo se detiene con el cumplimiento de los objetivos previamente establecidos.

Este método se basa en el manejo de una serie de mecanismos psíquicos comunes en toda relación psicoanalítica ordinaria, sólo que ahora en un plano grupal. El grupo participa en sesiones de supervisión en las que, mediante la simbolización y la conceptualización, se asimilan o se elaboran los efectos del contraste inevitable entre las fantasías previas al trabajo comunitario y la realidad de lo acontecido durante éste. Parte importante de estas sesiones la constituye el manejo de las resistencias y el análisis de la contratransferencia. (Y es precisamente este último el instrumento de investigación; en este caso investigación psic

cosocial.)

En psicocomunidad, la transferencia y la contratransferencia son los fenómenos nodales de análisis. Sólo que -como corresponde a todo impulso que pretende ensanchar su campo de estudio- tales fenómenos no son aprehendidos como corresponde al uso tradicional. Así, por ejemplo, la contratransferencia no se entiende como interferencia del proceso terapéutico, sino como una más entre las posibilidades de explorar la comunidad, es decir: se saca provecho de las reacciones emocionales de los terapeutas o investigadores hacia lo que los marginados les comunican.

"El grupo de investigadores de psicocomunidad funciona en la misma forma que lo hace el yo de una personalidad 'normal'. Diferente de lo que puede esperarse de un yo que forma parte de una sociedad desorganizada y sin la capacidad para organizarla, diferenciarla, jerarquizarla y estructurarla" (Cueli, p. 27).

Hablamos a lo largo de este trabajo como universitarios portadores de un principio que muy pocos observan, y que muchos quizá nunca oyeron siquiera mencionar, esto es, que la universidad en nuestro país es uno de los pocos organismos creados con la finalidad expresa de corregir las desviaciones que nuestra evolución social registre. Decimos esto porque estamos convencidos de que el psicoanálisis actual (sí, el institucionalizado, el extendido) mucho le debe a la universidad por haber llegado a ser lo que es -así como seguramente se lo deben disciplinas tan familiares como la medicina, el derecho, la ingeniería, etcétera.

Gilberto Guevara Niebla es uno de los estudiosos de nuestro sistema educativo que más insisten en la búsqueda del espíritu de nuestra universidad, partiendo de que ese espíritu en modo alguno se traduce a formar cuadros intelectuales prestos a organizar y reproducir una cultura fundada en la dependencia y la desigualdad.

El espíritu universitario seguramente implica demasiados factores, inherentes tanto al individuo como a la institución misma, sin embargo hay uno que nos interesa dado el carácter de este trabajo, esto es, la responsabilidad social del universitario. Cita Guevara a Luis Chico Goerne (rector de la UNAM de 1935 a 1938): "La enseñanza universitaria tampoco podrá seguir por la pesada ruta que la llevaba a una sola meta: a la simple transmisión de la sabiduría como objetividad de valor universal; será preciso, además, vitalizar esta conquista con el conocimiento hondo del país en donde el estudiantado actúa, con el conocimiento de

sus problemas, de sus interrogaciones a las que puede y debe dar respuesta la ciencia que se adquiere. Si nuestro tiempo es de claras ambiciones morales, dentro de él no podrá justificarse, ni explicarse siquiera, una pedagogía universitaria que transmite la ciencia como derecho y como patrimonio destinado al uso y aun al abuso del hombre que la posee; dentro de él sólo se explica y se justifica la cultura como deber social, como ineludible deber de hacer el bien" (cit. en Guevara Niebla, "Libertad de cátedra...").

¡Cuán lejos estamos de este ideal! Tiempo tiene ya que nuestra universidad se viene caracterizando, en general, como instrumento de movilidad social, es decir, como organismo profesionalizante: "El profesionalismo se expresa en una parcelación gremial o corporativa de la cultura, en donde grupos de expertos o especialistas se constituyen en poder de control sobre un determinado campo de trabajo intelectual(...) y, por otra parte, las profesiones de México muestran rasgos como éstos: tendencias al elitismo, pretensiones de neutralidad, resistencia a la innovación, dependencia respecto de la tecnología extranjera, etcétera" (Guevara Niebla, "La universidad profesionalizante").

Ahora bien, este carácter profesionalizante de la universidad le lleva a partir fenómenos como el academicismo, que es la tendencia a concebir el trabajo académico como algo que se agota en sí mismo, luego entonces, como algo inmune a la contaminación proveniente del medio externo: he aquí la causa del divorcio entre las disciplinas y los problemas prácticos que la sociedad plantea; he aquí el caldo de cultivo para el psicoanálisis que venimos criticando.

Los conocimientos de nosotros los universitarios carecen de un carácter completivo; están orientadas hacia un plano particular, restringido. Así, nosotros los psicólogos universitarios sabemos, en efecto, lo que es neurosis, sabemos cuántos tipos de neurosis existen, en fin, pero muy poco o nada sabemos de las condiciones socioculturales y económicas y políticas que engendran neurosis. En nuestra facultad, ni alumnos ni autoridades académicas han encontrado pertinente conocer a fondo la población a la que tienen que ayudar o dar satisfacción; pareciera que México se constituye de la población que demanda y puede pagar servicios psicológicos. Nosotros los psi no tenemos dudas sobre nuestro futuro profesional: trabajaremos en alguna institución (IMSS, SSA, etc.) para ganar experiencia, y pondremos nuestro consultorio privado. Perfecto.

Como se puede observar este trabajo tuvo, contra sus propósitos, un sello catártico. No nos fue posible proponer soluciones, sólo pinceladas. Es definitiva la convicción de que los psi debemos redefinir nuestro que hacer; debemos plantearnos qué hacemos, dónde estamos y a qué estamos obligados. Si lo hacemos de un modo sereno y honesto concluiremos necesariamente que este país demanda un tipo de psicoterapia política (el adjetivo no debe asustar). El terreno está abierto en dos sentidos: por un lado, la necesidad de ayuda terapéutica existe de manera generalizada y nuestro instrumento de ayuda (el psicoanálisis) está pronto a despojarse de las ataduras que lo han obligado a ser, para los privilegiados, un privilegio más.

Las modificaciones por sí mismas no dañan al psicoanálisis; no lo pueden dañar mientras surjan del trabajo serio, responsable, del analista que busca restringir las carencias de su disciplina; que busca habitar campos vírgenes, involucrando en ello a los pacientes mismos, a sus colegas, a los profesionales de otras disciplinas, y no recurriendo a recetas provenientes de países o culturas ajenas, no pocas veces encarnadas ya en nuestras instituciones.

La terapia psicoanalítica está sustentada por fuertes columnas, que le permiten al analista, si así lo desea, echar a andar modalidades sin caer en la improvisación cómoda. Tales columnas se constituyen por "la especial relación en la cual el terapeuta expresa interés y genera confianza; un ambiente especial -el consultorio- que es visto como santuario,* y un marco conceptual que, además de proveer al paciente con una explicación de su conducta, le ofrece la esperanza de que el tratamiento lo aliviara del sufrimiento. Y todas las terapias producen un despertamiento emocional y un incremento en el paciente de la atención a las alternativas" (González de Alba, p. 25). Sobre esta base, y la de sólidos conocimientos históricos, sociales y culturales (descuidados en nuestra Facultad), se pueden hacer muchas cosas.

Por el otro lado, los tiempos actuales son testigos de una creciente sensación de malestar entre algunos sectores del estudiantado, que finalmente empieza a comprender que su situación personal, la de su universidad y la de su país forman parte de un solo (y no por ello menos complicado) problema, y de que su solución exige un compromiso analítico con

* Aquí nosotros diríamos: un ambiente especial que es visto como proveedor de alivio o ayuda.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

49

todos y cada una de estas esferas. En la UNAM, dicha situación ha generado un conflicto entre los diversos sectores que conforman su comunidad. Se deja sentir que el modelo de universidad actual (y, con él, el modelo del país) ha dejado de funcionar adecuadamente; se sabe que la sensación del mal funcionamiento precede a la crisis; estamos seguros de que ésta es antesala de cambios profundos y para bien. Así sea.

BIBLIOGRAFÍA

- Baratta, Alessandro, Criminología crítica y crítica del derecho penal, México, Siglo XXI, 1986.
- Basaglia, Franco et al., Razón, locura y sociedad, México, Siglo XXI, 1986.
- , et al., Los crímenes de la paz, Mexico, Siglo XXI, 1977.
- Becker, Howard S., cit. en Siegfried Lamnek, Teorías de la criminalidad, México, Siglo XXI, 1980.
- Bicecci, Mirta, "Deseo de Freud y transmisión del psicoanálisis", en Néstor A. Braunstein, El discurso del psicoanálisis, México, Siglo XXI, 1986.
- Blanco, José Joaquín, Función de medianoche, México, SEP/Ediciones ERA (Lecturas mexicanas núm. 25), 1986.
- Castel, Robert, El psicoanálisis: el orden psicoanalítico y el poder, México, Siglo XXI, 1980.
- Cervantes Carson, Alejandro, "Recomponer el mundo", en revista Casa del tiempo, Vol. 5, núm. 60, enero de 1986, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), Freud, México, Conacyt, 1980.
- Gueli, José, "Hacia una definición de psicocomunidad", México, s.f., 48 pp., mecanografiado.
- De la Barrera Solórzano, Luis, "La crisis y la criminalidad", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), México ante la crisis, Vol. 2, México, Siglo XXI, 1985.
- Englert, Ewald H. y Armando Suárez (coords.), El psicoanálisis como teoría crítica y la crítica política al psicoanálisis, México, Siglo XXI, 1986.
- Freud, Sigmund, "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica", en Obras completas, Vol. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- , El malestar en la cultura, en ibid., pp. 3017 ss.
- González de Alba, Luis, "La ciencia en la calle", en el diario La Jornada, México, 18 de agosto de 1986, p. 25.

- Guevara Niebla, Gilberto, "Libertad de cátedra y orientación", en el diario La Jornada, México, 22 de julio de 1987.
- , "La universidad profesionalizante en cuestión", en el diario La Jornada, México, 22 de julio de 1987.
- , "La universidad: orientadora del desarrollo nacional", en el diario La Jornada, México, 15 de julio de 1987.
- Harnecker, Marta, Los conceptos elementales del materialismo histórico, México, Siglo XXI, 1976.
- Jervis, Giovanni, "Psicología", en Remo Bodei y Giovanni Jervis, La cultura del 900, México, Siglo XXI, 1985.
- La Jornada del 23 de julio de 1985, diario publicado en México, D.F. p. 7.
- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis, Diccionario de psicoanálisis, Barcelona, Editorial Labor, 1983.
- Lira, E. y E. Weinstein (coords.), Psicoterapia y represión política, México, Siglo XXI, 1984.
- Mannoni, Maud, El psiquiatra, su "loco" y el psicoanálisis, México, Siglo XXI, 1976.
- Pascual, Dulce María, Desplegado aparecido en la revista Fem, núm. 27, Vol. VII, México, abril-mayo de 1983.
- Pavarini, Massimo, Control y dominación: teorías criminológicas burguesas y proyecto hegemónico, México, Siglo XXI, 1983.
- Rodríguez Manzanera, Luis, Criminología, México, Ed. Porrúa, 1984.